

¿HAY TODAVÍA UN NERVO POR CONOCER?

SARA SEFCHOVICH

“

¡París! Todo lo que pudiera decir de la capital del mundo está dicho ya”, escribió Amado Nervo.

Eso mismo me dije a mí misma, cuando me percaté de lo que significaba haber aceptado la invitación para participar como conferencista magistral de la Cátedra Nacional

Amado Nervo, instituida por la Universidad Autónoma de Nayarit¹ y que se lleva a cabo año con año desde 2007, sin darme cuenta, pobre de mí, de que en los años que tiene de existir, los escritores que han participado han dicho ya todo lo que se puede decir sobre el poeta: que si era modernista, que si pertenecía al grupo emblemático de las letras mexicanas de fines del XIX y principios del XX, que si su biografía pesó en su escritura, que si su amor por una mujer fue muy grande o lo fue por más de una, pues era un seductor, que si además de poeta y de amigo de escritores fue periodista y diplomático, que si con el tiempo ha cambiado su valoración, tanto entre los escritores como entre los críticos, pues algunos empezaron, como López Velarde, hablando de él como su preferido por encima de cualquier otro poeta y luego terminaron descalificándolo como hacedor de “versitos ramplones”², y que si luego, muchos años después, otros lo reivindicaron —entre ellos José Emilio Pacheco (“Exploró hasta el delirio las posibilidades de la rima” “Sobre” 3) y Hugo Gutiérrez Vega (un verdadero devoto, según Gonzalo Celorio)—, mientras que hubo quienes no, como Vicente Quirarte; que si tuvo gran popularidad en su época, porque todo mundo lo recitaba, aunque muchos no supieran quién era el autor de los versos que decían, y que eso se explica porque sus letras, como dijera la poeta chilena Gabriela Mistral, “entraban por la piel y se iban directamente al corazón”,³ y es que eran, como dijo Alfonso Reyes (ctd por L. Martínez) y repitieron Carlos Pellicer (Lumbreras 4) y Juan Villoro (“Misionero” 8), “de honda sinceridad”, algo que también explica que por eso los músicos las aprovecharon para cantarlas, y explica que por eso se armó una verdadera locura cuando murió y lo trajeron desde Sudamérica a

¹ La conferencia magistral en la Cátedra Amado Nervo de la Universidad Autónoma de Nayarit se realizó el 27 de mayo de 2021.

² Así lo dice José Emilio Pacheco poniéndolo en boca de López Velarde en un diálogo imaginario entre ambos autores (“Ramón López Velarde en la pluma” s.p.).

³ Parafraseo de la carta de Gabriela Mistral a Amado Nervo citada por el Presidente mexicano, Andrés Manuel López Obrador, durante la conmemoración de los 100 años del fallecimiento de Amado Nervo, ceremonia realizada el 19 de mayo de 2019 en el estado de Nayarit, México.

México para enterrarlo entre los mexicanos ilustres reconocidos por el Panteón de la Patria.

Pero, como escribió José Emilio Pacheco, aunque todo se ha dicho ya, todo está por decirse (Alemany 39). Y en efecto, aún está por decirse de Nervo, y que no se ha dicho en esta Catedral, su ser cronista.

Pero antes de entrar en materia pregunto: ¿Por qué no se ha hablado en todos estos años de las crónicas de Nervo?

Y respondo: ante todo, porque su poesía lo obnubila todo. Y después, porque en el espacio que queda, entran sus relatos, novelas y cuentos. O su vida. O sus amistades. O su apoteósica popularidad.

Y entonces, fuera quedó la crónica, con todo y que fue escrita y publicada con regularidad por Nervo en un momento en que el género alcanzó gran esplendor.

Esta última frase requiere explicación: entre 1880 y 1900, surgió una Hispanoamérica nueva, que aparentaba no tener ya nada que ver con la de los primeros cincuenta, sesenta años que siguieron a su independencia política.

Eso sucedió por los cambios que hubo en la economía mundial, con el crecimiento del capital monopólico, de la industria y del transporte. Los países metropolitanos requerían de materias primas y mercados y los países periféricos se las surtían y les compraban sus productos manufacturados. México se integró a ese mercado mundial y a su división internacional del trabajo, recibiendo inversiones extranjeras en bancos, ferrocarriles y electricidad, mientras que el capital nacional se desempeñó en la agricultura y el comercio.

Arnaldo Córdova escribió que el propósito de los liberales del siglo XIX había sido crear una masa de pequeños propietarios emprendedores, que sirvieran de base a la formación del mercado nacional y al desarrollo del capitalismo. Pero los resultados fueron otros, porque las tierras de la iglesia nacionalizadas por el gobierno de Juárez fueron malbaratadas y acaparadas por unos pocos especuladores, latifundistas que formaron la base social del porfiriato (ctd por Cueva 59). Los campesinos, expulsados de sus tierras, pasaron a convertirse en trabajadores, pero al no ser requeridos por ninguna industria, pues no la había, se fueron a la agricultura y la minería.

Todo esto pudo suceder además, porque se había conseguido por fin la paz, después de años de guerra civil y porque por fin existía una nación, por precaria que pudiera ser, levantada por la tercera generación liberal, la que luchó contra la intervención francesa y apoyó a Juárez, la que según Cosío Villegas derrotó al conservadurismo y comenzó la historia moderna de México. Es la generación de la revolución de Tuxtepec: Porfirio Díaz, Justo Sierra y los introductores del positivismo en México, como Gabino Barreda. Es la generación que resultó del triunfo del Partido Liberal, cuyo ideario se había encarnado en la Constitución de 1857 que estableció un Estado federal y representativo, la primacía de la ley sobre la arbitrariedad y el despotismo de los gobernantes, la consagración de la libertad de pensamiento, expresión y trabajo y el sufragio libre y universal.

Eran las ideas importadas de Europa que se quisieron aplicar a una sociedad que nada tenía que ver con las europeas, pero cuyos pensadores consideraron fundamentales para implantar el orden para un pueblo “atrasado como el nuestro”, según decía Sierra (ctd por Sefchovich, *México* 47-48).

Dentro de ese esquema, nadie ponía en duda que el progreso (entendido como acumulación de riqueza), era el fin deseado, deseable y conveniente, y que la base de ese progreso eran el orden, y un gobierno fuerte que encaminara al país por el rumbo correcto y que sometiera a los elementos disolventes mediante la violencia si se hacía preciso —según palabras del eficaz instrumentador del positivismo, de quien lo convirtió de una filosofía en una práctica política, Justo Sierra—, y ese orden debía estar apoyado en la razón y en la ciencia, preocupado por modernizar al país y por alcanzar el mayor confort material (Franco 26).

Lo dicho hasta aquí, debo aclararlo, remite a un modo de estudio de la literatura, que consiste en explicarla no por su estilo, estructura o lenguaje, no por la vida de su autor o por su pertenencia a ciertos grupos y tendencias, sino por las circunstancias históricas, sociales y culturales que le dieron origen.

Cuando entendemos lo que sucedió al final del siglo XIX y principios del XX, las profundas transformaciones políticas, económicas y sociales, podemos explicarnos la literatura de la época a partir del impacto que dichos cambios tuvieron sobre ella.

Los dos caminos principales que tomó la literatura en México en ese momento fueron: el modernismo y el realismo. El primero en la poesía, el segundo en la novela. Aquél, con el afán de dejar atrás el pasado y entrar en el mundo moderno. Éste, con el afán de conservar lo que era la tradición y el modo de vida de quienes gustaban de ella.

El modernismo nació porque los cambios exigían otras ideas estéticas, otro lenguaje, otras preocupaciones. De una literatura interesada en lo social, como la del siglo XIX, se pasa a una interesada en “expresar los matices únicos e intensos de la experiencia individual”, dice Manuel Durán (xvi). Por eso encontramos en ella, como señaló Ángel Rama, la búsqueda de lo insólito, los acercamientos de elementos disímiles, las audacias temáticas, el registro de los matices, la mezcla de las sensaciones, el constante, desesperado afán de lo original (ctd por Díaz xx).

Fue una literatura cosmopolita, estetizante, que no quiso seguir las reglas del arte, de la gramática, de la retórica (“De las academias/ líbranos señor” escribió Darío), de la autoridad y de la moral. Sergio González Rodríguez la definió como una rebelión (32).

Los escritores (como toda la alta sociedad porfiriana) voltearon hacia París, ciudad que “más que la capital de una nación era el centro de una estética”, como afirmó Octavio Paz, y se animaron “a romper viejos moldes”, como dijo Alfredo Maillfert (x). Y, acompañaron ese afán, con el de convertir su propia vida en una obra de arte (S. González 33), lo cual, como bien ha dicho Silvia Molloy, fue algo que hicieron con exageración (ctd por Colombi 8).

En 1894, Manuel Gutiérrez Nájera fundó la revista *Azul*, que, por primera vez, establecía en la prensa la separación de la literatura, dándole un lugar aparte y exclusivo para ella (von Ziegler 109-110). Fue ese un gran salto cultural, porque atrás quedaban las letras como arma de lucha y de expresión de lo nacional (que era lo que había sido hecho durante el siglo XIX) y se le daban alas a la creación, a la búsqueda de la belleza y al arte puro. Como señaló el mismo Maillfert, al referirse a ese semanario de dieciséis páginas: “Por su superficie tersa y lírica llegaron bogando hasta nosotros los cisnes blancos del modernismo” (xxii).

Los nombres de Gutiérrez Nájera, Salvador Díaz Mirón, Manuel José Othón, Luis G. Urbina, Amado Nervo, Juan de Dios Peza (e incluso podríamos agregar los de José Juan Tablada y Enrique González Martínez), son los de aquellos autores que alcanzaron con su poesía grandes alturas en la última decena del siglo XIX y la primera del XX, en un movimiento de verdadera vanguardia posible por la modernización de la sociedad (o al menos de cierta parte de ella), esa que Salvador Novo describió así:

Naufragamos perdidos en un mar de bellas, líricas poses... una vida refinada, europea, ultraculta: La peluquería de Micoló, el Hipódromo de Peralvillo, el baile de Chapultepec, La Concordia, El Jockey Club, las tiendas de la viuda Genín, los billares de Iturbide, los teatros: el Nacional, el Abreu, El Principal. (ctd por Monsiváis 9)

Según Nemesio García Naranjo: “La vida transcurre alegre y sin grandes preocupaciones” (Solana, Entrevista personal). “En sus palacetes afrancesados de las colonias Juárez —la antigua colonia Americana— y Santa María, vivían, ‘entre mármoles, marfiles y tapices’, los ricos hacendados, empresarios y comerciantes que formaban la aristocracia mexicana” (Sefchovich, *La suerte* 176).

Las damas y los caballeros salían de compras al mediodía, a Las Fábricas de Francia y El Palacio de Hierro, o recorrían la elegante calle de Plateros (antes San Francisco, hoy Madero) en donde abrían sus puertas lujosos almacenes: La Ciudad de Bruselas, La Parisienne, Sorpresa y Primavera Unidas y otros muchos que vendían productos importados de Europa, entre ellos la ropa interior que se empezaba a usar. Se podían comprar joyas en La Esmeralda, instrumentos musicales y abonos para los conciertos en Wagner y Levien, pistolas con el nuevo sistema Mausser en la Armería Americana y en la Botica Iturbide (llamada así por el distinguido hotel que había allí cerca) o en la perfumería Carlos Félix y Cía. (Antigua Droguería La Palma) los polvos dentífricos y antisépticos Ste. Magdeleine o las cremas rosadas Adelina Pratti ‘que suavizan y embellecen el cutis’. Cuando empezaba a anochecer, desfilaban los carruajes magníficos y las personas distinguidas cambiaban saludos mientras se dirigían al teatro, al Casino Francés en la calle de Palma, a una fiesta o hacer alguna visita

[...]: ‘tenemos muchas diversiones en perspectiva; un gran baile que darán los miembros del Casino Nacional... otro baile que dará el Jockey Club; el enlace de la hermosísima Amada Díaz, hija de nuestro presidente’ [decía una crónica aparecida en la revista para mujeres]. (Sefchovich, *La suerte* 176)

Empezaban a pavimentarse las calles, a poner drenaje, a abrirse cinematógrafos y nuevos periódicos con linotipos y rotativas. Por supuesto, también seguían existiendo los barrios marginales, como bien escribió Gutiérrez Nájera:

La ciudad de México no empieza en el Palacio Nacional, ni acaba en la calzada de Reforma. Yo doy a ustedes mi palabra de que la ciudad es mucho mayor. Es una gran tortuga que extiende hacia los cuatro puntos cardinales sus patas dislocadas. Esas patas son sucias y velludas. Los Ayuntamientos, con paternal solicitud, cuidan de pintarlas con lodo mensualmente. Más allá de la peluquería de Micoló hay un pueblo que habita barrios extravagantes, cuyos nombres son esencialmente antiaperitivos. Hay hombres muy honrados que viven en la plazuela de Tequesquite, y señoras de invencible virtud cuya casa está situada en el callejón Salsipuedes. (ctd por Pérez 7)

El mundo de antes, que la poesía dejó de lado, lo recogió la novela. Aquella lo hizo con el realismo, dejando atrás las lágrimas románticas, pues había hartazgo por tanta sensiblería (entre nosotros el romanticismo llegó a la exageración sentimental, como evidencia esta frase de José Peón Contreras refiriéndose a las damas como “personajes que apenas si tocan con sus alas blancas y flotantes el mundo perecedero, el mundo de la materia” ctd por Warner 83) y además, los cambios en la situación material y política, pedían nuevos temas, nuevas formas de expresarlos y una nueva estética, todo lo cual en ese momento quería decir “dar la verdad sin exageraciones”. Como escribe Raimundo Lazo, “se rectifican sus excesos y hay un mayor cuidado de la forma, una mayor sobriedad y concentración” (56).

José López Portillo y Rojas, Emilio Rabasa, Rafael Delgado, Ángel de Campo y Federico Gamboa fueron los escritores más significativos, los “serenos y reposados cronistas de la sociedad porfiriana” según afirma José Luis Martínez (*La expresión* 56). Ellos hablaron del campo, de los pueblos, de las zonas marginales de las ciudades.

Pero, y aquí estoy llegando a nuestro tema de hoy, hubo también otro género, que ya se había cultivado en México desde hacía varios siglos, pero que entonces adquirió gran importancia, y ese fue la crónica.

Ella fue el vehículo por excelencia de representación de una sociedad que “se disfrazaba de moderna” según dice Amanda Pérez Montañés (2), y que tenía necesidad de expresar la nueva manera de vivir y los nuevos valores.

La crónica fue el género que permitió mejor que otros dar fe de los cambios y darle sentido y significado a la experiencia del momento. No cabe

duda que por ello, como dice Belém Clark de Lara, un gran número de escritores incursionaron en ella y no pocos la convirtieron en la parte principal de su quehacer (325).

Lo interesante fue la manera como lo hicieron: desde recoger y relatar la vida diaria hasta los acontecimientos excepcionales, desde la historia hasta el presente, desde las tradiciones y costumbres hasta lo nuevo, lo superficial y lo profundo, lo serio y lo frívolo, lo sencillo y lo sofisticado, lo real y lo imaginario. Nervo por ejemplo, hablaba por igual de su mundo interior que del entonces imposible pero imaginado viaje a la luna, de la importancia de la vida espiritual que de lo que sucedía en un tranvía, de la obsesión de la época por adquirir bienes materiales que de literatura y literatos.

La crónica entonces se escribía para enseñar y explicar, para divertir y entretener, para comunicar ideas, convencer, juzgar, guiar, salvar del olvido, reflexionar, encontrarle lógica y sentido al mundo, a los acontecimientos, a los quehaceres de las personas, incluso a la naturaleza (Sefchovich, *Vida* 12). Hay en la ella una búsqueda por “entender y descifrar esa doble índole de todas las cosas (de ser) a un tiempo aspecto y enigma”, dice Oscar Rivera Rodas (181).

La crónica pues, se configura como una escritura sobre “la vida entera” como dice Susana Rotker, o como dice Aníbal González, sobre “el torrente bravío de los acontecimientos humanos”, o como afirman Corona y Jörgensen, sobre “todos los aspectos de la vida cultural, política y social”.

Sin embargo, aunque pretendía contar lo que sucedía, la crónica era (y sigue siendo) ficción. Pues al seleccionar aquello que se quiere transmitir, y al acomodarlo y darle un orden, el cronista necesariamente ya está reconstruyendo (Sefchovich, *Vida* 29; Corona y Jörgensen 8,10). Pero además lo hace, particularmente en esta época a la que nos referimos, con una aguda conciencia del proceso creativo y una fuerte voluntad de estilo. Es decir, estetiza la representación de la realidad, sin abandonar el plano de lo referencial informativo.

Esto es tan importante, que podríamos decir con José Luis Martínez, que en la crónica pesa menos lo que se dice, que “la fuerza de su exposición” (*El ensayo* 22), y con Aníbal González que “el aspecto recreativo termina por ser más importante que el aspecto informativo” (133). Y esto, como ha señalado Octavio Paz, es lo que la convierte en literatura, en arte (ctd por Sefchovich, *México* 6).

Esto se logró gracias a nuevos lenguajes y formas de expresión, porque la rebelión modernista se fundó y se llevó a cabo en la renovación de la forma y el lenguaje, de los símbolos y la versificación. En eso radicó su novedad y como dijo Pedro Enrique Coll, así se logró “dar vida a nuestra habla castellana y hacer correr calor y luz por las venas de nuestro idioma que se moría de anemia” (ctd por Franco 31).

Dicho todo esto, veamos ahora algunos ejemplos de crónicas de Amado Nervo que, a mi parecer, se corresponden punto por punto con lo señalado:

1.

Los descubrimientos se seguirán vertiginosamente. Lo que soñábamos como lejano se volverá habitual, sin causarnos sorpresa ninguna, gracias a esa maravillosa facultad que poseemos de adaptarnos a todo. Pero, a pesar de la enorme ciencia adquirida, se encuentra en la primordial situación del niño que os abruma con sus porqués. ¿Por qué ando, papá? ¿Por qué veo? ¿Por qué Antonio tiene los ojos azules y yo los ojos negros? ¿Por qué sale un pájaro de ese huevecillo, y de ese otro un reptil, y de aquél un insecto? ¿Por qué...?

Pero ¿Sin esta interrogación deliciosamente torturadora, valdría la pena vivir? ¿Tendría alguna nobleza la existencia? ¿Habría poetas y artistas y filósofos? ¿Temblaría el amor en las miradas de los jóvenes? (Nervo “Los sabios y el misterio de la vida”)

2.

La característica de nuestro tiempo es la fiebre del negocio, la ávida busca del bienestar material, el ansia de placeres inmediatos, el desenfrenado amor a la riqueza. La vida en las grandes ciudades tiene una vibración formidable y la consecuencia natural de todo esto es la neurastenia. La neurastenia puede, pues, considerarse como el mal del siglo XX. (Nervo “El optimismo”)

3.

Nuestra Señora la Neurastenia pasea su espectro verde por la vida próspera y aun por las vidas humildes; y millares de seres buscan en el éter, en la morfina, en el opio, un lenitivo para el terrible mal de vivir. (Nervo “El miedo al dolor”)

4.

El tranvía número 6, uno de los más simpáticos de la villa y corte (no porque sea el que deja diariamente en su domicilio a este servidor de ustedes, sino porque tiene coches llamados ‘simpáticos’ por el público, merced a su disposición moderna, y une, además, dos sitios deliciosos de Madrid: el Retiro y el Parque del Oeste); el tranvía número 6, digo, describía una vasta curva en la gran plaza de Castelar para entrar en la calle de Alcalá, cuando una viejecita hizo seña al conductor de que se detuviese en la parada que hay a la izquierda de la Cibeles. Era una anciana bajita, regordeta, de aspecto simpático. Subió —sin mucha pena— a la plataforma posterior, en la cual me encontraba yo entregado a la ardua tarea de conservar mi equilibrio a cada brusco desplazamiento de mi centro de gravedad, y miró con cierto afán al interior del coche, completo. Los pasajeros, hombres en su mayoría, o no la vieron o no quisieron levantarse, menos uno, cenceño, de bigote y pera canosos, de ojos vivaces y muy expresivos, el cual, en cuanto la miró, púsose en pie y, con una reverencia señorial, le ofreció su asiento. La viejecita, con una

sonrisa de tímida aquiescencia, fue a ocupar el sitio que se le brindaba, y el señor aquel, con no disimulada ufanía en el rostro enjuto y cervantesco, salió a la plataforma. Nuestras miradas se cruzaron, y él debió leer en la mía un leve signo de aprobación, porque encarándose conmigo y con voz solemne que resonó con cierta marcialidad de proclama (¿no sería aquel señor un coronel?) o cierta solemnidad de apotegma (¿no sería aquel señor un catedrático?), exclamó perentoria y sentenciosamente: —¡La galantería española ha muerto! (Nervo “La muerte de la galantería”)

5.

Las mujeres no sabían tener más que dos o tres ideas en la vida; de ahí la formidable, la estupenda eficiencia de su voluntad. ... Pero un demonio sutil les ha sugerido que se instruyan, que cambien su celeste no saber por “ese otro género de ignorancia que se llama el conocimiento”. Y en la cabeza vacía del sexo femenino entrará potente, altiva, tenaz, abroquelada, enhiesta, nuestra señora la voluntad. (Nervo “Las mujeres tienen la cabeza vacía”)

6.

Yo me estremezco de horror cada vez que en alguna casa elegante de Madrid se me hace la poco apetecible honra de convidarme a almorzar o a comer. El almuerzo en algunas de estas casas dura media hora. Hay que engullir con una habilidad consumada los cuatro o cinco platos de que se componen esos treinta minutos, a la vez que se conversa. (Nervo “El hombre nuevo”)

7.

La eficacia del sistema moderno para obtener éxitos teatrales, y, en general, éxitos literarios, científicos y artísticos consiste en que el mérito de la obra no tiene la menor importancia.

El artista de verdad, el poeta de pura sangre, de verdadera raza, debe preferir siempre la santidad deleitosa de esta penumbra y de esta escasez; debe estar resuelto, si no tiene medios propios de vida, a desposarse con la pobreza como San Francisco de Asís y a amarla con toda su alma. El verdadero poeta es un dios y los dioses ya se sabe que vienen a padecer hambre, frío y soledad. Son voceros e intérpretes de cosas arcanas, son receptores de fluidos invisibles y en sus desasimientos de todo lo que no es majestad serena y augusta de la Poesía. (Nervo “Mucho ruido”)

Con estos pocos párrafos seleccionados de entre las muchas crónicas de Nervo, he pretendido resumir y demostrar lo dicho sobre el autor, sobre sus temas y sus modos de escribir, entendidos, como dije antes, no por su estructura o lenguaje, no por la vida de su autor o por su pertenencia a ciertos grupos y tendencias, sino por las circunstancias históricas, sociales y culturales que le dieron origen.

¿Qué podemos concluir de las crónicas de Nervo?

Ante todo, y esto me parece muy importante, es que ellas forman parte de eso que ha sido la característica central y definitoria de la cultura nacional: que se ha pasado su historia descubriendo qué es México y qué somos los mexicanos, explicándolo, tratando de entenderlo. La literatura, el arte y la filosofía han buscado nuestra identidad, tratar de comprender quiénes somos y cómo somos, de encontrarle (o darle) sentido a la historia y conciencia a la actualidad. En ese que ha sido un repetido, infinito proyecto, se han quedado las energías de los pensadores, los escritores y los artistas mexicanos. Y todos nuestros productos culturales apuntan a ese mismo objetivo de manera persistente (Sefchovich, *México* 241-242). Como afirma José Luis Martínez, todos se inclinan “insistente y tenazmente, a explorar una sola interrogante: la realidad y la problemática nacional”: “El tema constante será México, México en su totalidad o en algunos de los asuntos que interesan, su historia, su cultura, sus problemas económicos y sociales, sus creaciones literarias y artísticas, su pasado y su presente”, y agrega Martínez:

Las reflexiones de carácter moral o religioso, tan frecuentes en el pensamiento francés, las de carácter metafísico que prefieren los ingleses o los alemanes, no parecen tener campo en las mentes de nuestros ensayistas, otras son sus preocupaciones. Tampoco la teoría, la divagación intelectual, el solaz gratuito estético o intelectual. Estamos demasiado atareados con saber quiénes somos y qué hacer de nosotros mismos a futuro. Estamos demasiado ocupados haciendo nuestras revisiones de carácter cultural, histórico, filosófico, económico y social, queriendo entender nuestros grandes conflictos del pasado y nuestra identidad. (*El ensayo* 17)

Lo segundo que podemos concluir de las crónicas de Nervo, es que no es del todo cierto lo que afirma Manuel Durán, de que su prosa es de gran eficacia, ligera, burlona, inquieta, curiosa, sencilla, incisiva, irónica, ágil (viii), como tampoco es del todo cierto lo que dijo Alfonso Reyes sobre la austeridad estilística de su aparato verbal (L. Martínez). De hecho, por el contrario, parecen bastante engoladas, sobre todo si las comparamos con las crónicas de otros de los modernistas de la época. Es decir, son y no son modernistas, pues como escribió López Velarde, no tienen nada de modernismo en falsete, de descoyuntamiento de sílabas, de impresiones aisladas (ctd Lumbreras), pero tampoco son sencillas y austeras. Según Ignacio Díaz Ruiz, Nervo “Dotó a sus narraciones de humorismo en dosis exactas para evitar la ironía estéril o el sarcasmo burdo...con la combinación de actitudes sentimentales y resonancias románticas, con el escepticismo científico y el espíritu experimental y positivista” (169). Y concluye: “Nervo ejemplifica el eclecticismo finisecular literario” (169).

Lo tercero es que las crónicas de Nervo combinan la modernidad y la tradición. Su mirada sobre el mundo está fascinada con lo nuevo pero no por eso

ha dejado atrás lo anterior y de allí que recoge por igual “el registro anecdótico de la tradición” que “la descripción pormenorizada de los usos y hábitos recién importados”, como dice Pérez Montañés (3).

Si la crónica del siglo XIX mexicano consistió en el retrato de figuras y escenas populares, con gran gusto por los cuadros de costumbres y por utilizar casticismos y giros coloquiales, y si a la de principio del siglo XX ya no le interesan los pobres ni sus costumbres y lenguajes (y eso lo captó muy bien Nervo cuando dice: “Estas poéticas cosas de antaño ya no tienen prestigio” y hasta se burla de ellas: “Id al zócalo y os encontraréis ante una invasión de mulitas de hojas de plátano, ornadas de flores. La ingenuidad de las vajillas de barro les hace compañía. El pueblo bosteza ante los puestos, Algunas americanas pagan a peso de oro tal o cual chuchería. En la catedral hay una misa solemne. Y eso es todo” *Cuentos* 138), no por eso deja completamente atrás al provinciano que tiene una cierta manera de mirar la vida, a las costumbres y a las personas.

Esto se lo reprochó José Emilio Pacheco, quien lo acusó de ser demasiado sentimental y consideró a ese sentimentalismo un “defecto abismal” (*Antología* 163), aunado a otros como la hiperfecundidad —pues según él escribía demasiado— y a la ausencia de autocritica, pero reconociendo también que sin esos “defectos”, no podrían existir sus cualidades: “originalidad, gran poder creador” (Pacheco ctd por Alemany 40).

José Joaquín Blanco escribió que todo lo que tocó Nervo se convirtió en lugar común (91). Y podemos creerle cuando leemos frases como “las mujeres llevaban los cabellos enojados por la lluvia cintiladora” o “los barquichuelos ingrátidos que resbalan sobre la seda moaré del océano” o “su voz más armoniosa que el oro cuando choca con el cristal” o “Quién no escribe con mayúscula La Noche en que fui amado” (Nervo, *Cuentos* 6,10). Pero quizá, me pregunto, fue al revés, que Nervo supo recoger lo que eran los lugares comunes y devolvérselos a sus lectores, o, más todavía, que fue Nervo quien con su escritura los inventó y su ávido público lector los convirtió en eso.

Porque ¿qué hace que alguna cosa se convierta en lugar común? Que a las personas les gusta y lo hacen suyo y lo repiten. ¿Y qué hace que a los críticos esto les choque? Exactamente eso, que los humanos comunes y corrientes y no solamente las elites ilustradas lean, compren y hagan suyo a un autor.

Y es que a los críticos no les gustan los autores que tienen éxito popular. Inmediatamente los descalifican, porque automáticamente los consideran, de “bajo contenido alcohólico”, como dijera Gabriel Zaid de la poesía de Alfonso Reyes (58). Pero no se percatan de que si eso sucede es porque esos autores le están dando al público lo que éste pide y necesita, y porque saben recoger los intereses y necesidades culturales del momento, “tomarle el pulso a la sociedad” como dice Linda Egan (103).

Y Nervo sin duda supo hacerlo como pocos, supo cómo dirigirse a ese público, según han dicho Gustavo Jiménez Aguirre (Varas s.p.) y Juan Villoro (“Los funerales”).

Lo bueno es que, como dijo David Huerta en esta misma cátedra hace algunos años, el lector puede elegir cualquiera de los escritos de Nervo que se acerque a su sensibilidad, inteligencia e imaginación en los cientos de páginas de crónicas dejadas por el escritor nayarita. Y yo espero que mi presentación de hoy les haya abierto el apetito para leerlas, y darse cuenta por ustedes mismos del cronista que fue el autor al que celebramos, Amado Nervo.

Obras citadas

- Alemaný Bay, Carmen. "Acercamientos de José Emilio Pacheco al modernismo mexicano: de la teoría (ensayo) a la práctica (poema)". *Poéticas. Revistas de Estudios Literarios*, año II, no. 4, 29-49.
- Blanco, José Joaquín. *Crónica de la poesía mexicana*. Universidad Autónoma de Sinaloa, 1977.
- Celorio, Gonzalo. "Hugo Gutiérrez Vega, la devoción por López Velarde". *Revista de la Universidad*, no. 104, oct. 2012, pp. 33-36.
<https://www.revistadelauniversidad.mx/articles/7e4013ba-b712-4752-abe2-da88e67b417e/hugo-gutierrez-vega-la-devocion-por-lopez-velarde>
- Clark de Lara, Belem. "La crónica en el siglo XIX". *La República de las letras: Ambientes, asociaciones y grupos, movimientos, tendencias y géneros literarios*, editado por Belem Clark de Lara y Elisa Guerra, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005, pp. 325-354.
- Colombi, Beatriz. "La crónica modernista. Para una arqueología de su crítica". *Textos Híbridos*, vol. 7, no. 2, 2020, pp. 5-17.
- Corona, Ignacio y Jörgensen, Beth E. Introduction. *The Contemporary Mexican Chronicle. Theoretical Perspectives on the Liminal Genre*, State University of New York Press, 2002, pp. 1-21.
- Cosío Villegas, Daniel. *Historia moderna de México*. Hermes, 1970.
- Cueva, Agustín. *El desarrollo del capitalismo en América Latina*. Siglo XXI, 1977.
- Díaz, Ignacio, compilador. *El cuento mexicano en el modernismo: Antología, selección y notas por Ignacio Díaz*. Universidad Nacional Autónoma de México, 2006.
- Durán, Manuel. Prólogo. *Cuentos y crónicas*, de Amado Nervo. Universidad Nacional Autónoma de México, 1993.
- Egan, Linda. "Play on Words: Chronicling the Essay". *The Contemporary Mexican Chronicle. Theoretical Perspectives on the Liminal Genre*, edited by Ignacio Corona y Beth E Jörgensen, State University of New York Press, 2002, pp. 95-122.

- Franco, Jean. *La cultura moderna en América Latina*. Grijalbo, 1985.
- González, Aníbal. *La crónica modernista Hispanoamericana*. José Porrúa Turanzas, 1983.
- González, Sergio. "En el antro". *Nexos*, ago. 1986, <https://www.nexos.com.mx/?p=4656>
- Huerta, David. "La última estancia de Amado Nervo". *XIII Cátedra Nacional Amado Nervo*, 28 may. 2019, Universidad Autónoma de Nayarit, México.
- Lazo, Raimundo. *Historia de la literatura hispanoamericana. Siglo XIX: 1780-1914*. Porrúa, 1976.
- Lumbreras, Ernesto. "Nervo, Pellicer y López Velarde: tres poetas a las orillas de su tiempo". *Milenio*, 18 may. 2019, pp. 4-5.
- Maillefert, Alfredo. Prólogo. *Cuentos, crónicas y ensayos*, de Manuel Gutiérrez Nájera, Universidad Nacional Autónoma de México, 1973.
- Martínez, José Luis. *La expresión nacional*. Oasis, 1984.
- - -. *El ensayo mexicano moderno*. Fondo de Cultura Económica, 1984.
- Martínez, Leonardo. "El magisterio negativo del arte. Alfonso Reyes, exégeta de Amado Nervo (1913-1941)". *Acta Poética*, vol. 41, no. 2, 2020, pp. 49-71.
- Monsiváis, Carlos. *A ustedes les consta. Antología de la crónica en México*. Era, 1980.
- Nervo, Amado. *Cuentos y crónicas*. Universidad Nacional Autónoma de México, 1993.
- - -. "Desde París, la tumba de Napoleón". 1900. *La crónica modernista*, <https://modernismoibero.wixsite.com/cronica-modernista/amado-nervo>
- Pacheco, José Emilio. *Antología del modernismo (1824-1921)*, Tomo I. Universidad Nacional Autónoma de México, 1970.
- - -. "Sobre López Velarde". *Revista de la Universidad de México*, vol. XLIII, no. 451, agosto 1988, p. 3.
- Pérez Montañés, Amanda. "Tensiones entre la tradición y la modernidad en la crónica modernista". *Textos Híbridos*, vol. 6, no. 1, 2018, pp. 1-14.
- Quirarte, Vicente. "La poesía y la crónica del modernismo", Seminario Introducción a la Literatura Moderna y Contemporánea de México, 24 abr. 2021, Fundación para las Letras Mexicanas / Universidad Veracruzana / Universidad Autónoma de Nuevo León, México.
- "Ramón López Velarde en la pluma de José Emilio Pacheco". *Proceso*, 2 feb. 2004. <https://www.proceso.com.mx/cultura/2004/2/2/ramon-lopez-velarde-en-la-pluma-de-jose-emilio-pacheco-56239.html>

Rivera Rodas, Oscar. "Darío y los modernistas mexicanos". *De la crónica a la nueva narrativa mexicana*, editado por en Merlin H. Forster y Julio Ortega. Oasis, 1985.

Rotker, Susana. *La invención de la crónica*. Ediciones Letra Buena, 1992.

Sefchovich, Sara. *México: país de ideas, país de novelas. Una sociología de la literatura mexicana*. Grijalbo, 1987.

- - -. *La suerte de la consorte. Las esposas de los gobernantes de México: Historia de un olvido y relato de un fracaso*. Océano, 2010.

- - -. *Vida y milagros de la crónica en México*. Océano, 2017.

Solana, Rafael. Entrevista personal por Sara Sefchovich, 18 abr. 1986.

Vargas, Ángel. "Redita la UNAM tres novelas de Amado Nervo". *La Jornada*, 29 ago. 2019, <https://www.jornada.com.mx/2019/08/29/cultura/a04n3cul>

Villoro, Juan. "Los funerales del éxtasis, muerte y poesía en Amado Nervo", *IX Cátedra Nacional Amado Nervo*, 25 may. 2015, Universidad Autónoma de Nayarit, México.

- - -. "Misionero espiritual". *Milenio*, 18 may. 2019, p. 8.

Warner, Ralph E. *Historia de la novela mexicana siglo XIX*. Antigua librería Robredo, 1953.

Zaid, Gabriel. *Leer poesía*. Joaquín Mortiz, 1976.

von Ziegler, Jorge. "Las revistas azules". *La República de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, Vol. II Publicaciones periódicas y otros impresos, editado por Belém Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005.

Sara Sefchovich (sarasefchovich@gmail.com) es investigadora en el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México y articulista de *El Universal*. Ha obtenido la Medalla Gabino Barreda de la UNAM al mérito académico, el Premio Plural de ensayo y la beca John Simon Guggenheim Memorial Foundation, entre otros reconocimientos. Ha publicado numerosos libros de ensayo, novelas y artículos periodísticos para la prensa mexicana y extranjera. Entre los títulos recientes destacan *El cielo completo: mujeres escribiendo, leyendo y Vida y milagros de la crónica en México*. Su obra ha sido reeditada en numerosas ocasiones, traducida a seis idiomas, publicada en diez países y llevada al radio, cine y teatro. Más información en www.sarasefchovich.com